

CANDACE
CAMP
UN
AFFAIRE
EN
STONECLIFFE



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, junio 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-32-6
Depósito Legal: CS 377-2024
© del texto, Candace Camp
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

PRÓLOGO

Noelle miró al bebé dormido. ¿Cómo iban a vivir?

Al principio había estado demasiado entumecida para pensar, pasando los últimos días aturdida, incapaz de creer que aquello fuera real. Adam era demasiado joven, demasiado lleno de vida para morir. ¿Por qué había sido tan imprudente? ¿Y por qué, Dios mío, por qué había discutido con él aquella noche?

Se estremeció. Su casa estaba quieta y silenciosa, vacía de su risa, de sus palabras... Incluso de su ceño fruncido o sus maldiciones, cuando su trabajo iba mal.

Noelle deseaba volver a su anterior estado de embriaguez, pero, esta mañana, de pie junto a su tumba, con el cielo de París adecuadamente gris acompañado de una llovizna, su corazón había aceptado lo que su mente se había negado a aceptar los últimos tres días: nunca más volvería a ver la sonrisa de su marido ni a sentir el contacto de sus labios con los suyos.

Sin embargo, no podía permitirse sumirse en una marisma de dolor. Tenía un hijo al que cuidar.

Mientras observaba a su hijo dormir, el sentimiento de protección se apoderó de ella. Debía enfrentarse a la cruda verdad, a la amarga realidad, por el bien de Gil. No había nadie que pudiera resolver sus problemas, ni siquiera darle consejos.

¿Los amigos artistas de Adam? ¿Sus modelos? Todos eran tan pobres como ella. Su padre estaba lejos, en Oxford, y, en cualquier caso, era un académico empobrecido que apenas podía mantenerse a sí mismo. Aún menos, dispuesto a ayudar estaba el aristocrático padre de Adam, que se había opuesto tanto a que Adam se casara con alguien —por debajo de él— que apartó a su hijo de su vida.

Noelle echó un vistazo al apartamento y se obligó a hacer balance de su situación. Aquí no había dinero. Noelle había utilizado

la miseria que tenía guardada para pagar el entierro de Adam y la pequeña lápida, y ¡cómo dolía que un hombre con su arte tuviera tan poco para conmemorar su muerte! El carnicero se negó a venderle nada hasta que pagara la cuenta. El comerciante de vinos ya les estaba reclamando; eso fue lo que desencadenó su discusión con Adam, y le hizo salir furioso por la noche. El lugar en el que vivían solo estaba pagado hasta el final de la semana siguiente, y el casero era un hombre duro al que no le importaba estar echando a la calle a una viuda y a un niño huérfano.

Aquello era suficiente para que se deshiciera en sollozos, pero Noelle había llorado tanto los últimos días que estaba completamente agotada y sin lágrimas, y, en cualquier caso, no serviría de nada.

Llorar nunca solucionaba nada.

Tenía que pensar qué hacer.

Madame Bissonet la acogería en la sombrerería donde Noelle había trabajado, antes de que Gil naciera. Noelle había sido una buena dependienta, además de una excelente modelo para los sombreros de madame, por no mencionar la ventaja añadida de poder conversar con las clientas inglesas.

Pero ¿cómo iba a trabajar allí —o en cualquier otro sitio— con un bebé? Difícilmente podría llevarlo consigo por la sala de exposiciones o dejar de hacer sombreros para alimentarlo y atenderlo. Y, aunque encontrara la forma de hacerlo, ganaría muy poco dinero.

Siempre habían vivido del estipendio que la familia de Adam le enviaba, a pesar de su distanciamiento. El sueldo de Noelle solo había servido para llegar a fin de mes, cuando los gastos extravagantes de Adam los llevaban a territorio negro.

No sería suficiente para vivir, y no tenía esperanzas de que los Rutherford siguieran ayudando a la viuda de Adam. después de su muerte.

Podría vender la obra de Adam.

Miró al otro lado de la habitación, junto a la ventana, donde estaba su caballete. A su alrededor, se amontonaban los cuadros

terminados, el fruto de su genio, los ricos atisbos de su alma. Algunos oscuros y tormentosos, otros de asombrosa belleza, pero todos ellos irresistibles.

Le dolía el corazón de pensar en deshacerse de ellos, pero tendría que intentar vender al menos algunos. Eso le daría lo suficiente para vivir un tiempo, pero había conseguido vender muy pocos en el pasado como para pensar que podría cosechar grandes sumas.

Valían mucho más para ella de lo que valdrían para otra persona.

Noelle se dio la vuelta, se dirigió a la alcoba, que les servía de dormitorio, y empezó a quitarse el vestido negro que había llevado en el funeral.

Adam lo habría odiado; siempre había dicho que a ella solo le sentaban bien los colores alegres. Solo tenía un vestido negro. Era viejo y le apretaba incómodamente los pechos, tan llenos desde que había nacido el bebé.

Lo arrojó sobre la cama y se puso el vestido de seda brillante que él le había comprado. Era demasiado extravagante, como muchas de las cosas que él compraba. Era suave, pero cómodamente holgado, y la hacía sentirse más cerca de él.

Tomó una caja ornamentada de la cómoda, se sentó en la cama y la abrió. Las joyas que Adam le había comprado eran lo más valioso que poseía.

Comenzó a sacar las piezas, colocándolas sobre el lecho, a su lado.

Los pendientes de diamantes que Adam le había regalado, cuando nació Gil. Brazaletes de oro. Un broche esmaltado. Una horquilla de joyas que parecía una libélula. Colgantes, pendientes. Aquella estúpida tiara estrecha, de rubíes y diamantes, que Noelle nunca asistiría a nada lo bastante formal como para llevarla.

De hecho, nunca se pondría la mayoría de ellos.

Había protestado, una y otra vez, porque Adam gastaba demasiado en joyas y ropa para ella; le habría sido mucho más útil pagar el alquiler. Pero Adam era hijo de un conde, y nunca se había

adaptado del todo a sus nuevas circunstancias económicas. Se quejaba de su falta de fondos, y llamaba al pago mensual que recibía de Inglaterra «dinero de sangre». Se comprometía periódicamente a seguir un presupuesto, pero entonces veía algo que quería, y lo compraba en el acto, sin importarle el precio.

La primera pulsera que le había regalado, se la había devuelto enseguida, diciéndole acaloradamente que no era el tipo de chica que aceptaba un regalo así de un hombre.

Sonrió para sus adentros, acariciando con el dedo la delicada cadena de flores de zafiro.

Adam se la había quedado, y se la había vuelto a regalar después de casarse, sonriendo con su irresistible y maliciosa forma de ser, y diciendo que ahora ya podía aceptarla.

Noelle se tragó el nudo atorado en su garganta y se colocó la pulsera en la muñeca, extendiendo el brazo para admirarla.

Sacó el collar a juego, que él le había regalado en su primer aniversario. Se acercó al espejo, y se lo ajustó al cuello. Pasó el dedo por las delicadas piedras, recordando la mirada de él, cuando se lo regaló, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Un estruendoso golpe en la puerta interrumpió su ensoñación.

Dando vueltas, corrió hacia la puerta, con la vana esperanza de evitar que el visitante despertara al bebé, pero, naturalmente, Gil empezó a llorar y su carita enrojeció.

Exasperada, abrió la puerta de un tirón.

Un hombre alto y delgado estaba frente a su puerta, con una expresión pétrea en su rostro, de huesos fuertes, y los ojos del frío gris, de una tormenta de invierno. Su pelo castaño no tenía nada de plateado, pero su fiereza le confería una autoridad que su edad, e incluso su evidente alcurnia, no le conferían.

Noelle dio instintivamente un paso atrás. Los ojos del hombre se desviaron hacia ella y más allá, hacia la cuna.

—Creo que su hijo está llorando.

—No hasta que empezó a aporrear la puerta.

El tono de Noelle le enfureció.

Volviéndose, Noelle cogió a Gil en brazos y lo estrechó contra su pecho, murmurando sonidos tranquilizadores.

Cuando posó su mirada en la puerta, de nuevo, vio que el hombre había entrado en la habitación, sin ser invitado, y había cerrado la puerta tras de sí.

Permaneció en silencio, con su mirada fría y evaluadora recorriendo la pequeña estancia.

Sus ojos se posaron en la cama deshecha, con el contenido del joyero esparcido por ella, y sus labios se alzaron en una mueca de desprecio.

—Siento molestarla. Veo que está sumida en... la tristeza.

Su tono dio un toque sarcástico a las palabras, que escoció y provocó un rubor de vergüenza en las mejillas de Noelle, a pesar de enfurecerla.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

La sospecha de la identidad del hombre empezó a formarse en su cabeza. Inglés, aristocrático, despectivo... y, con seguridad, había visto un dibujo a carboncillo de este hombre entre los bocetos de Adam.

—Soy Carlisle Thorne. Soy amigo de la familia Rutherford.

—Ya veo.

Adam le había hablado de él varias veces. Aunque no estaba emparentado con Adam por sangre, Thorne había sido pupilo del conde. Había vivido con la familia de Adam durante algún tiempo, como una especie de hermano mayor para él.

Cuando Adam lo mencionó por primera vez, había sido con afecto, pero, después de su matrimonio, sus referencias al hombre se habían vuelto amargas.

Adam había creyó que Thorne intercedería ante su padre, pero, en lugar de ello, al igual que el conde, se había opuesto al matrimonio.

Noelle recordaba bien la carta que Adam había recibido de Carlisle Thorne. La había roto y tirado al suelo, pero Noelle la había juntado y la había leído:

Es totalmente comprensible, incluso esperable, que tontees con las muchachas mientras estás en la universidad, pero está fuera de lugar que un hombre de tu alcurnia se case con una de esas chicas corrientes.

Solo había dejado al descubierto la arrogancia y estrechez mental del hombre, pero las palabras habían hecho que Noelle se sintiera avergonzada. Incluso ahora podía recordar la punzada de dolor, mitigada, solo en parte, por la feroz denuncia de Thorne por parte de Adam.

No era de extrañar que aquel hombre gélido fuera el autor de aquella misiva. Estaba segura de que su opinión sobre ella no había cambiado. Desde luego, no le tenía ninguna simpatía, pero, aun así, no pudo evitar sentir un rastro de esperanza.

En el pasado, Thorne había sido una especie de emisario entre el padre de Adam y su hijo renegado; el conde había enviado a Adam su estipendio mensual a través de Thorne. Si el conde había enviado al propio Thorne a hacer una visita, con seguridad, eso significaba que ayudaría a la viuda y al hijo de su hijo, independientemente de lo que pensara de la propia Noelle.

La mirada de Thorne se dirigió al bulto en brazos de Noelle. Gil había vuelto a dormirse contra su pecho.

Thorne se movió con torpeza, inclinando la cabeza para mirar la cara del bebé.

—¿Este es...?

—Sí. Este es Gil. El hijo de Adam.

Asintió brevemente y se dio la vuelta.

Por un momento, Noelle pensó que estaba a punto de salir por la puerta, pero entonces se giró hacia ella.

—Estoy aquí para llevar de vuelta a Adam con su familia.

—¡Llevarlo de vuelta con su familia! No aceptaban a Adam cuando estaba vivo, pero ahora que mi marido ha muerto, ¿quieren su cuerpo? —Noelle se enfadó—. Es un poco tarde, ¿no?

Sus ojos se oscurecieron y, por primera vez, fue fuego y no hielo lo que brotó de ellos.

—Soy muy consciente de que no llegué a tiempo para salvar a Adam de las desastrosas consecuencias de su matrimonio con usted.

Noelle se agitó, sorprendida.

—¿Está insinuando que le he hecho daño a Adam?

—No estoy insinuando nada. Digo, con claridad, lo que ambos sabemos: si no hubiera huido con usted, Adam estaría vivo. —Sus palabras la atravesaron, y Noelle no pudo decir nada más mientras él continuaba—. Lamentaré hasta el día de mi muerte no haberlo mantenido fuera de sus garras. Pero, aún estoy a tiempo de salvar a su hijo.

Las lágrimas asomaron en sus ojos y Noelle se giró para ocultárselas.

Volvió a tumbar a Gil en su cuna, ganando tiempo para contener el dolor y la rabia que amenazaban con anegarla.

Odiaba a aquel hombre arrogante, pero tenía que pensar en su hijo. Debía cuidar de él, y Carlisle Thorne era la única persona que podría hacerlo. Si él se ofrecía a cuidar del bebé de Adam, ella debía aceptarlo, por humillante que fuera, y por mucho que le doliera.

Sin mirarle, manteniendo cuidadosamente la voz vacía de emoción, dijo:

—¿Y cómo se propone hacerlo?

—Ah... Sí. Ahora llegamos al punto en cuestión, ¿no? No hay necesidad de ninguna pretensión. Usted está lista para negociar. ¿Cuál es su precio?

—¿Mi precio? —Se volvió hacia él, confusa. ¿Tenía que calcular cuánto le costaría criar a su hijo? Y qué manera tan extraña de decirlo—. No estoy segura...

—Debe tener un número en mente. ¿Qué va a querer a cambio de darme al hijo de Adam?

Noelle se le quedó mirando, atónita.

—¿Quiere comprar a mi bebé?

—Si quiere llamarlo así. —Fruunció el ceño—. ¿Esperaba que le diera un montón de billetes y lo dejara aquí con usted? ¿Dejar que

el nieto del conde se criara en...? —Señaló vagamente alrededor del apartamento—. ¿En esto? ¿En el tipo de vida que usted llevará? No. Puedo asegurarle que no lo haré. El conde es su tutor legal, como usted debe saber. El niño será conde algún día, y será criado en Stonecliffe, como lo fue Adam; al cuidado de su abuela y su abuelo. Tomará el dinero, y seguirá su camino. Mil libras.

—No —dijo Noelle débilmente. Estaba demasiado sorprendida para poner en orden sus pensamientos. No podía esperar que le vendiera a su hijo.

Su boca se tensó.

—Dos mil, entonces. Tendrá dinero, sus joyas, su ropa, y no tendrá la carga de un niño. Incluso a una mujer con su cara y cuerpo le resultaría difícil atraer a un protector con un bebé a cuestas. Tome. —Metió la mano en la chaqueta y sacó una pequeña bolsa—. No llevo mucho dinero encima. Tendré que ir al banco, pero aquí tiene un depósito. —Dejó la bolsa sobre la mesa—. Volveré mañana a por el bebé.

Se dio la vuelta y salió de la habitación, tan bruscamente como había entrado.

Todo el aire de la habitación pareció irse con él.

Noelle apenas podía respirar. El corazón le latía con fuerza y miraba la bolsa como si fuera una serpiente.

Thorne pensó que le vendería a Gil.

No, para ese hombre, él no era Gil. Le había llamado el bebé. El bebé. El hijo de Adam. Nunca había dicho su nombre. Como si Gil fuera una cosa, una posesión que perteneciera a los Rutherford.

La ira surgió en ella, rompiendo su parálisis.

Noelle cogió la bolsita de cuero y la arrojó contra la puerta. Golpeó con un ruido seco, y cayó al suelo, derramando unas cuantas monedas de oro. Si tan solo hubiera sido lo bastante rápida de mente como para lanzársela a él cuando se marchó.

El ruido despertó de nuevo a Gil, que empezó a gemir.

Lo levantó y trató de calmarlo, pero era difícil, con sus propios sentimientos tan agitados.

Carlisle Thorne era un matón rígido, indiferente e ignorante. ¿Cómo se atrevía a insinuar que ella era el tipo de mujer que ahora encontraría un «protector»? ¿Que se convertiría en la amante de algún hombre!

Sin conocerla, la había juzgado y condenado desde el principio, por el delito de amar a un hombre superior a ella. La tachó de «vulgar», porque su padre era un profesor, y no un igual. Su padre era un erudito respetado, un hombre culto y reflexivo, al que otros académicos acudían con sus preguntas. Era un hombre superior en modales, mente, alma y todo lo demás a alguien como Carlisle Thorne.

Gil estaba hambriento y mojado.

A medida que atendía sus necesidades, se le iba pasando la rabia.

Lo cuidó, meciéndolo, y pensó en lo que haría y diría mañana cuando se enfrentara a Thorne. Su deseo era tirarle el monedero a la cara, mientras le gritaba improperios, pero eso no serviría de mucho, y solo confirmaría la mala opinión que tenía de ella.

En lugar de eso, debería mostrarse tan fría como él, devolverle el dinero y ordenar a ese horrible hombre que se marchara. Le dejaría claro que jamás se le ocurriría entregarle a su hijo a él o al conde, para que lo criaran.

Se pondría furioso. Estaba segura de que no estaba acostumbrado a que le negaran algo.

Se le revolvía el estómago al pensar en enfrentarse a él. Era un hombre aterrador: su tamaño, su rostro implacable, sus fríos ojos grises..., pero lo haría, porque tenía que hacerlo.

Acarició con el dedo la suave mejilla de Gil, sonriéndole. Haría cualquier cosa por Gil.

Pero, se preguntó inquieta, ¿qué haría Thorne cuando ella lo rechazara? ¿Y si decidía simplemente quitarle el bebé? ¿Y si, cuando le dijera que no, le arrebatara a Gil de los brazos y se marchaba? Se le revolvieron las tripas al pensarlo. No podría detenerlo; ni siquiera una madre espoleada por el terror y la rabia podría igualar su fuerza.

Seguro que un caballero no recurriría a algo así, pero nunca habría imaginado que un caballero intentara comprar a su bebé.

Intentó recordar lo que Adam había dicho sobre Carlisle Thorne. Lo había calificado «como un hermano» para él, aunque no era pariente, pero añadió amargamente que Thorne era más hijo de su padre, que él mismo.

A veces, cuando llevaba unas copas, llamaba a Thorne dictatorial, estirado, insensible, traidor... Incluso insinuó oscuramente que Carlisle probablemente se alegraba de que Adam saliera de la vida del conde, para que él pudiera ser el hijo de ese hombre.

Noelle había descartado gran parte de lo que decía, como una exageración, nacida de su dolor, por el abandono del hombre hacia él. Al fin y al cabo, Adam también le contaba historias sonrientes de cuando Carlisle le sacaba de algún apuro.

Pero ahora, habiendo conocido a Carlisle, Noelle pensó que tal vez Adam no había sido lo bastante duro en su valoración.

Thorne era más que insensible. Era cruel. Ningún hombre con sensibilidad querría arrebatarle un hijo a su madre o decirle a una viuda afligida que ella era la responsable de la muerte de su marido.

Era evidente que la despreciaba.

Ella bien podía creer que él era capaz de robarle a Gil.

Incluso, si no le arrebatara al bebé de los brazos, existía la posibilidad muy real de que el conde acudiera a los tribunales para llevarse a Gil legalmente.

Thorne había dicho que el padre de Adam era el tutor legal del niño, y Noelle sabía muy bien que las mujeres tenían pocos derechos en este mundo.

Su padre era un librepensador, muy interesado en los derechos de las personas, incluidas las mujeres. Cuando ella le había informado que quería casarse con Adam, él le había indicado, acerbamente, que, en cuanto una mujer se casaba, dejaba de existir a los ojos de la ley británica. No podía tener propiedades. Estaba sujeta a la autoridad de su marido. No tenía ningún recurso, si él la golpeaba.

Una viuda tenía cierta categoría. Al menos podía tener propiedades.

Pero Noelle sospechaba, que bien podía ser cierto, que no podía ostentar la tutela legal de su hijo. Thorne parecía muy seguro de su tutela estatal, y ella no era tan ingenua como para creer que un tribunal favorecería sus pretensiones en detrimento de las de un noble.

Había visto demasiados casos de jóvenes «caballeros» en Oxford, que se libraban de cualquier consecuencia por su comportamiento, simplemente porque sus padres eran hombres de importancia.

Se levantó y se paseó por la habitación, con los nervios a flor de piel.

No bastaría con negarse a darle a su hijo. Tenía que asegurarse de que Gil estuviera fuera del alcance de aquel hombre. No sabía adónde iría ni cómo viviría, pero estaba claro que tenía que marcharse. Ahora.

Mañana volvería a aporrear su puerta y ella necesitaba alejarse todo lo posible, antes de que él fuera a buscarla.

Tumbó a Gil en la cama, para que estuviera seguro, y empezó a recoger ropa.

Solo podía llevar lo imprescindible. Todo tendría que caber en una bolsa que pudiera llevar, ya que no podía cargar con un baúl.

Cogió un saco del estudio de Adam. Le dolía dejar sus cuadros, pero debía hacerlo.

Metió en la bolsa un vestido y ropa interior, así como ropa y pañales para el bebé. Envolvió un trozo de queso y un poco de pan en una servilleta, y lo metió también. ¿Y qué más? Las joyas. Debía llevárselas; eran su única fuente de dinero.

Noelle las recogió, añadiendo el collar y la pulsera que llevaba.

Por último, se aseguró de que Gil estuviera seco y bien abrigado; luego, buscó el vestido más sencillo que tenía, y se calzó las botas más resistentes. Se ató la capa y se cubrió el dorado cabello con una cofia de ala ancha, que le tapaba parcialmente la cara.

Debía parecer lo más anodina posible.

No estaba segura de adónde iría: a Italia o quizá a Prusia.

Gracias a Dios, su padre había insistido en que aprendiera latín, francés e italiano; las lenguas de la belleza y el aprendizaje.

El latín no le serviría de mucho, pero, los otros dos, le serían muy útiles. También había estudiado alemán, simplemente porque se le daban bien los idiomas.

Esos idiomas le abrirían las puertas de casi toda Europa.

Sabía que Thorne intentaría encontrarla.

¿Adónde esperaría que fuera? A casa, imaginó; de vuelta a Inglaterra, con su padre.

Él buscaría un carruaje hacia el norte.

Así que, ella iría en cualquier otra dirección. Tal vez viajaría al sur, a Niza o Marsella. Allí podría coger un barco a cualquier lugar. Tal vez Italia.

Su amiga Yvette y su marido, Henri, escultor, se habían trasladado a Florencia hacía unos meses, para perfeccionar su arte, en la ciudad de Miguel Ángel.

Seguro que acogerían a Noelle, y eso le daría un poco de tiempo para decidir qué hacer exactamente.

Lo importante era viajar deprisa.

Thorne podría alcanzarla fácilmente si viajaba en un pesado autobús público. Peor aún, dudaba que hubiera uno que saliera tan tarde; ya estaba anocheciendo.

Lo más rápido sería alquilar un coche de postas. Podría partir casi de inmediato, y estaba segura de que uno de los amigos de Adam le haría el favor de hacer la transacción para que el posadero no viera a una joven muy identificable con un bebé pequeño.

Incluso si conseguía encontrar la posada, donde había alquilado el vehículo, ella le llevaría horas de ventaja; probablemente más.

El único problema de su plan era el gasto que supondría alquilar un coche de postas.

Tendría que vender algunas de sus joyas.

Abrió el pequeño saco y estudió las piezas. ¿Cuáles vender? Hacía tiempo que pensaba que Adam le compraba demasiadas joyas, y, ahora, le parecía demasiado poco.

Peor aún, era de noche y todas las tiendas donde podía venderlo estarían cerradas.

Sus ojos se deslizaron hacia la bolsa de monedas de oro.

Pero no, no podía coger el dinero que él le había arrojado a cambio de Gil. Sería robar. Además, la sola idea de tocar ese dinero era aborrecible. Se negaba a hacer nada que la pusiera en deuda con Carlisle Thorne.

Sin embargo, debía pensar en Gil. Tenía que cuidar de él, tenía que alejarse de Thorne tan rápido y tan lejos como pudiera.

Tal vez, debería dejar a un lado su orgullo.

Por un momento, se quedó indecisa. Luego, cogió la bolsa y se la metió en el bolsillo de la falda. Le devolvería al hombre hasta el último céntimo. Lo juró.

Envolvió a Gil en su manta, colocándolo contra su pecho, y tomó su bolso.

Con una sola mirada al hogar, que Adam y ella habían compartido, durante dos años, bajó las escaleras y salió a la oscura noche.

CAPÍTULO 1

Cinco años después

—La he encontrado, señor.

Ante las palabras de su empleado, Carlisle Thorne se enderezó en su silla.

Cuando el mayordomo había anunciado que Diggs estaba aquí, Carlisle no había esperado otra cosa que un informe rutinario de falta de éxito.

A Carlisle se le aceleró el pulso, pero reprimió la esperanza que le embargaba. Después de todo, Diggs ya había encontrado a la mujer antes, solo para que se le escapara.

—¿Dónde?

El rostro, habitualmente adusto de Diggs, se arrugó en una rara sonrisa.

—Aquí. En Londres, señor.

Carlisle se levantó.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como puedo estar. Ahora tiene el pelo castaño y parece más delgada, pero yo mismo la vi. Es difícil confundir esos ojos, señor.

—Sí. —Aquellos ojos, grandes y de un azul vibrante, escandalosamente encantadores. Había sido lo primero en lo que se había fijado en ella..., antes de fijarse en su descarada exhibición de joyas y su absoluta falta de luto.

—Y tiene un niño con ella, señor; de la edad adecuada.

—Gracias a Dios —murmuró Carlisle.

Ese había sido siempre su temor secreto, que, en algún lugar de sus viajes, Noelle decidiera que el hijo de Adam era demasiado problemático y, simplemente, lo dejara atrás.

—Bueno... parece que finalmente ha cometido un error.

—Sí, señor. Supongo que se confió demasiado. Imaginó que había dejado de buscarla.

En la silla frente a Carlisle, Nathan Dunbridge resopló.

—Claramente, no te conoce, Carlisle.

—Cierto, señor. —Diggs asintió hacia el amigo de Carlisle, y ofreció, sorprendentemente, una sonrisa de oreja a oreja. Nathan tenía ese efecto en la gente. Más sobrio, Diggs se volvió hacia Carlisle—. Trabaja en una sombrerería. Madame Bissonet. Es un lugar popular, por lo que parece. He comprobado los antecedentes de la dueña, y es la misma persona para la que trabajó en París. Antes...

«Antes de que toda esta loca persecución comenzara. Antes de que Adam muriera». Carlisle también apartó ese pensamiento.

—¿Ha descubierto dónde vive?

—Sí, señor. —Diggs asintió, sonrojándose. Allí fue donde se habían equivocado dos años atrás y la habían perdido—. Yo mismo la seguí hasta su casa. En ambos lugares será fácil atraparla. No hay puertas traseras en ninguno de ellos. Puedo seguirla a casa esta noche, otra vez, y llevar a un hombre conmigo y traérsela.

—No. No quiero que el niño se asuste. Es mejor que vaya yo. Hagámoslo mañana por la mañana, en la tienda. Allí estará más dispuesta a razonar. No es tan probable que monte una escena. Continúe siguiéndola, pero, por el amor de Dios, no deje que vea a su hombre. Es astuta, y podría darse cuenta. No quiero nada que pueda hacerla huir.

Acordaron la hora y el lugar, y Diggs se marchó.

Carlisle miró a su amigo, que había seguido su conversación con gran interés.

—Parece que por fin la tienes en tu red —dijo Nathan, con alegría—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuatro años? Tu preocupación sin duda ha añadido cuatro años de canas a tu pelo.

—Cinco. No había cumplido los treinta cuando empezó todo esto, y diría que mi pelo tiene un plateado majestuoso en las sienes. Sal y pimienta, si quieres ser completamente pedante.

—Ser completamente pedante es el objetivo de mi vida.

—No cantaré ninguna victoria hasta que el hijo de Adam esté de vuelta en Stonecliffe. —La expresión de Carlisle se volvió sombría—. Esa maldita mujer me ha esquivado a cada paso. Ya la subestimé antes, y no volveré a cometer ese error. —Suspiró y volvió a hundirse en la silla—. Uno de los innumerables errores que he cometido. Lo estropeé desde el principio.

—Comprensible. Adam acababa de morir, y estabas desconsolado.

—Sí. —Thorne apoyó la cabeza en el respaldo de la silla alta y cerró los ojos, recordando el momento—. Estaba afligido por Adam, lamentando amargamente... Oh, todo, desde el principio. ¿Por qué elegí ese momento para decir: «Ya es un hombre, tendrá que aprender por sí mismo»? Debería haber ido a Oxford, en cuanto escribió que iba a casarse con ella. Podría haberle hecho entrar en razón. En lugar de eso, me limité a enviar una carta.

—No podías saber que Adam iba en serio aquella vez. Siempre estaba ocupado con una cosa u otra, y en semanas... Incluso días, lo dejaba todo y se dedicaba a otra cosa. ¿Cómo ibas a saber que se le ocurriría fugarse con ella a París? Aunque te cueste creerlo, no eres omnisciente... Ni omnipotente.

—Debería haber adivinado que haría algo así. Era malditamente impulsivo, aún joven, y se dejaba llevar fácilmente. Si hubiera ido a Oxford, y la hubiera visto, me habría dado cuenta de lo peligrosa que era. Tan pronto como abrió la puerta en París, entendí por qué Adam había sido atrapado por ella. Él amaba la belleza, por encima de todo. El chico no tenía ninguna oportunidad. —Carlisle suspiró—. Debería haber ido con él, para hablar con el conde. Podría haber hecho que Adam accediera a esperar un tiempo razonable, y esa mujer se habría ido, tras alguna presa más lucrativa. Pero tenía cosas que hacer en la ciudad, y estaba... Bueno, supongo que estaba cansado de tener que intervenir.

—Como era lógico. Estuvo mal que siempre te pusieran en esa posición.

Carlisle se encogió de hombros.

—Fui yo quien se puso allí, pero no pude haber elegido peor momento para decidir que el conde y Adam se las arreglaran solos. —Bajó la mirada un momento, ajustándose los puños—. Y luego..., conseguí persuadir al conde para que arreglara las cosas entre ellos, solo para que Adam muriera antes de que pudiera siquiera escribirle. —Carlisle sacudió la cabeza—. No pensaba con claridad después de aquello, y cuando la vi allí, de pie, sin rastro de luto, toda engalanada con sus joyas... —Se había estado revolcando en ellas; podía verlas extendidas sobre la cama—. Me cegó la furia.

—Por supuesto que estabas furioso.

—Solo podía pensar en alejar al bebé de Adam de ella, y devolvérselo a la condesa, pero fui un estúpido, al tirar ese monedero. Fue un gesto tonto y dramático. No me di cuenta de que era inteligente. Pensé que ella saltaría de emoción ante la oportunidad de tener el dinero, y estar libre del impedimento de un niño, para poder perseguir a una nueva víctima. Pero, obviamente, sabía que tendría una vida más fácil y lujosa en Stonecliffe, como madre del futuro conde.

—Me parece un comportamiento insólito. ¿Por qué no rechazó tu oferta, sin más? ¿Negociar por una asignación saludable para criar al niño? ¿Cuál es su nombre?

—Gilbert, según los registros de nacimiento. Ella lo llamó Gil. Parece el nombre de un muchacho de los establos.

—Gilbert, entonces... Si ella quería quedarse con Gilbert, ¿por qué no pedir dinero para su cuidado? ¿O volver a Stonecliffe para vivir con él?

—No lo sé. —Carlisle suspiró—. Me lo he preguntado miles de veces. Al principio, supuse que era una estratagema para sacarme más dinero. Pensé que recibiría una carta, sugiriendo condiciones diferentes. Cuando no me escribió, decidí que esperaba ir a los tribunales y convencerlos de que la establecieran a ella como tutora del niño, en lugar del conde. Podría haberle dicho que eso era absurdo, pero probablemente ella no sabe nada de leyes. Cuando

murió Drewsbury, pensé que entonces vendría corriendo, pavoneándose, como la madre del nuevo conde, y se instalaría en la casa de Londres.

—Tal vez no sabía que había muerto —ofreció Nathan—. Tal vez, se enteró, y, por eso, regresó a Londres.

—Supongo. Ciertamente, ha evitado Inglaterra hasta ahora. Pero, entonces, ¿por qué no ha venido a mí y se ha anunciado?

—Creo que podemos asumir con seguridad que la mujer quiere evitarte.

Carlisle soltó un pequeño gruñido; mitad humor, mitad frustración.

—Yo diría que sí. Me ha dado esquinazo cuatro veces. Pero ¿por qué no acudir a la condesa? Nadie podría ser más amable que lady Drewsbury. ¿O al hombre de negocios del conde? ¿A su abogado?

—No tengo ni idea. Quizá no le gusta su aspecto. —Nathan se encogió de hombros.

—Es una razón ridícula para no hablar con un abogado. —Carlisle resopló—. Nadie en su sano juicio haría algo así.

—¡Ha! No soporto ver a mi abogado, parece más adecuado para ser enterrador, que hombre de negocios. Horriblemente pálido, y todo piel y huesos. —Nathan se estremeció de forma teatral—. Además, has dicho muchas veces que esta mujer obviamente no está en sus cabales.

—Cierto —Carlisle aceptó—. No ha hecho absolutamente nada sensato. Solo seguir huyendo, como una ladrona, por toda Europa, adoptando disfraces. Quizá esté loca. O quizá lo hace para hacerme sufrir. Dios sabe que lo ha conseguido. —Se levantó de un salto y empezó a caminar—. Cuando pienso en el hijo de Adam, siendo criado así, arrastrado por todas partes, y Dios sabe lo que ella ha estado haciendo para mantenerlos... Maldita sea. —Carlisle se interrumpió y se giró para mirar a Nathan, con el rostro serio y los ojos grises, duros como el granito—. Pero todo eso ya está hecho. La tengo, y esta vez, por Dios, esa mujer no se me escapará.



Noelle cogió a Gil de la mano, mientras caminaban por la calle.

Era una mañana brumosa, el aire húmedo y fresco rozaba sus mejillas, pero, al menos, no había niebla, como en los últimos días. Le disgustaba la niebla que se arrastraba y ocultaba, cerrándose a su alrededor, como una telaraña.

Era una comparación fantasiosa, y Noelle rara vez lo era ya, pero se trataba de un problema muy real y práctico: la niebla dificultaba la visión y amortiguaba los sonidos. Cualquiera podía estar siguiéndola. Alguien podía estar acechando, sin ser visto, en el umbral de una puerta.

Otras personas, sin duda, no lo veían así, pero no habían vivido los últimos cinco años mirando por encima del hombro.

Ella apretó con más fuerza la mano de Gil.

Él respondió:

—¡Ay, mamá!

—*Désolé* —respondió Noelle, aflojando el agarre.

Siguió hablando en francés con su hijo y con madame Bissonet, aunque ambas también hablaban inglés. Con los clientes o la gente de la tienda, utilizaba el inglés, aunque daba un suave acento francés a sus palabras.

Su clientela parecía sentir que había cierto caché en comprar un sombrero a una francesa, y a Noelle le convenía añadir otra capa a su disfraz.

Como la peluca castaña sobre sus rizos rubios, o el monótono vestido, de un tono marrón óxido, que no complementaba ni su piel ni su figura. Una vez cojeó y se ayudó de un bastón, pero solo para un viaje; era muy probable que se olvidara de cojear, o que usara la pierna equivocada, si tenía que hacerlo durante mucho tiempo.

Sin embargo, estaba considerando la posibilidad de llevar gafas, como había hecho una vez. Sus ojos eran el rasgo más difícil de ocultar.

Noelle no había querido volver a Inglaterra. Había pasado más de un año desde la última vez que los hombres a sueldo de Carlisle Thorne habían intentado secuestrar a Gil; lo suficiente, para hacerla albergar la esperanza de que, tal vez, se hubiera rendido.

Pero no podía permitirse confiar en ese sentimiento.

Aquel hombre era un adversario implacable y decidido. Fuera donde fuera, adoptara el nombre que adoptara o se disfrazara como se disfrazara, él la encontraba.

Ocho veces había tenido que abandonar su vida y huir de nuevo.

La encontró, por primera vez, pocos meses después de que ella huyera de París.

Contrató a un detective que se había abierto camino tenazmente entre la comunidad artística de la ciudad, pagando por los nombres y la ubicación de todos los amigos que ella y Adam tenían.

No tardó mucho en llegar hasta Yvette y Henri.

Aunque, afortunadamente, se había corrido la voz entre los artistas, en cuanto empezó a buscar en Florencia, y Noelle había escapado a tiempo.

Se dio cuenta entonces de que nunca más debía acudir a alguien conocido.

No podía acudir a su padre, sabiendo que sería la persona más probable de la que Carlisle sospecharía, y, después de huir de Florencia, se había enfrentado al hecho de que probablemente nunca podría volver a verle. Ni siquiera escribía a su padre, a menos que estuviera a punto de abandonar una ciudad, temerosa de que Carlisle descubriera de dónde procedía su carta.

Su padre había muerto un año antes de que Noelle lo descubriera por casualidad.

Thorne volvió a encontrarla un año después de que huyera de Florencia, y, aquella vez, escapó solo porque una vecina le contó que un hombre extraño había llamado a la puerta de Noelle, y, cuando la vecina asomó la cabeza con recelo, para preguntar qué quería, él no había contestado. Solo se había marchado a toda prisa.

Había sido suficiente para que Noelle recogiera su ropa, cogiera a Gil y echara a correr.

Había habido otros momentos y otros lugares.

En Bruselas, Noelle había visto a un hombre, claramente bruto, merodeando por la casa donde trabajaba; en Roma, se había dado cuenta de que la seguían. Otro hombre se le acercó en una calle de Madrid, dijo su nombre, y se metió la mano en la chaqueta. Ella le tiró a la cara la cesta de verduras que llevaba y echó a correr.

Hubo otros incidentes más aterradores.

En Barcelona, un hombre se les acercó y agarró a Noelle por el brazo, haciéndola girar, tirándola al suelo. Gil, que solo tenía tres años, gritó como un loco y atacó al hombre, golpeándole las rodillas con su juguete de madera. El agresor levantó al niño, que se debatía salvajemente, pero Noelle, que seguía en el suelo, consiguió rodear las piernas del hombre con los brazos, y sujetarse frenéticamente, mientras Gil forcejeaba y gritaba.

Retrasaron al agresor lo suficiente, para que el carnicero de al lado, acudiera corriendo en su ayuda, cuchillo en mano, momento en que el secuestrador soltó a Gil y se puso en marcha.

En Berna, había habido un ataque en un parque, mientras Noelle estaba sentada en un banco, haciendo punto, y Gil jugaba. Noelle se levantó de un salto y le clavó las agujas de tejer en el costado al hombre, que había agarrado a Gil.

De eso hacía año y medio, y, desde entonces, habían estado a salvo.

Pero Noelle era demasiado sabia para confiar en eso.

Debía mantener los cuidadosos hábitos que había adquirido a lo largo de los años.

Nunca se quedaba mucho tiempo en un mismo sitio. Cambió muchas veces de color de pelo. Al principio, se lo teñía de negro, pero después se cortaba el pelo y se ponía pelucas de distintos colores; a menudo, cubriéndose la cabeza con un gorro. Su guardarropa era pequeño —lo que le resultaba bastante fácil, teniendo en

cuenta su situación económica— para poder hacer las maletas y huir en cualquier momento.

Pasar desapercibida era su principal objetivo, por lo que llevaba vestidos de colores monótonos, que no le favorecían.

En público, mantenía el rostro sobrio y sin sonrisa, quitándole vivacidad a su mirada; hablaba en voz baja, y solo lo necesario. Bajaba la mirada y buscaba las sombras.

Solo con Gil, y algún amigo ocasional, era ella misma.

Sobre todo, estaba siempre alerta.

Dondequiera que viviera o trabajara, primero elaboraba un plan de huida.

Inculcaba a Gil la necesidad de no hablar con extraños, de acudir inmediatamente a ella, si alguien intentaba hacerle preguntas o seducirle, para que se fuera con ellos; y, aunque procuraba no mirar directamente a la gente, sus ojos estaban siempre escrutando la zona que la rodeaba, alerta a cualquier movimiento rápido e imprevisto.

Hace dos meses, sin embargo, había roto su regla más cardinal: no volver nunca a Inglaterra.

Se había preocupado por la decisión.

Era peligroso acercarse tanto a Carlisle Thorne.

No había habido intentos desde hacía algún tiempo, pero estaba segura de que Thorne seguía buscándola, y la posibilidad de que la reconocieran, era mucho mayor en Londres.

Aunque había crecido con tranquilidad en Oxford y ni siquiera había estado en Londres, antes de fugarse con Adam, los universitarios la consideraban una belleza.

Nadie, salvo Adam, había conseguido romper su muro de educado desinterés, pero algunos estudiantes lo habían intentado. Sin duda, su fuga con Adam había sido objeto de cotilleo durante meses, lo que le había dado más notoriedad, y aquellos jóvenes caballeros, ociosos y adinerados, gravitaban hacia la alta vida londinense al salir de la escuela.

Tal vez, fueran pocas las probabilidades de que se cruzara con uno de aquellos jóvenes en la ciudad, pero los caballeros a veces

acompañaban a sus esposas, madres o hermanas, cuando salían a comprar sombreros, y algunos incluso entraban ellos mismos en las tiendas, en busca de algún regalo para una esposa o amante.

Por pequeña que fuera, cualquier posibilidad de ser descubierta era demasiada.

Así que, cuando madame Bissonet decidió abrir otra tienda en Londres y pidió a Noelle que la ayudara, al principio se negó.

Pero Lisette Bissonet era amiga y patrona de Noelle, y era muy persuasiva, por no decir persistente. Lisette necesitaba su ayuda; sería mucho más fácil si tuviera a alguien de confianza que hablara inglés, para contratar empleados, y hacer el papeleo, para negociar y arrendar, y hacer todas las cosas que implicaba abrir un negocio en Londres.

Aunque Lisette no lo mencionaba, ni siquiera lo insinuaba, Noelle sabía lo mucho que le debía.

Dejaba que Noelle se llevara a Gil a la tienda, siempre que jugara con tranquilidad en la parte de atrás. Permitía que Noelle saliera de la tienda, para cuidar de Gil, cuando estaba enfermo. Pagaba a Noelle un poco más que a las demás, y le permitía diseñar y recortar sombreros en su tiempo libre, que luego Lisette le compraba para venderlos en la tienda.

El futuro de Noelle en la tienda de Inglaterra sería mejor que en París.

En unos meses, una vez establecido el local, Lisette regresaría a su tienda y taller principal en Francia, y Noelle pasaría a ser la gerente de la tienda de Londres.

Estaría al mando y cobraría un sueldo mayor.

No solo eso, sino que tendría a su disposición el piso situado encima de la tienda, donde Lisette residía ahora. No era nada grandioso, pero era mucho más agradable y espacioso que los estrechos cuartos que Noelle podía permitirse alquilar con normalidad. Gil tendría incluso un pequeño dormitorio propio, y el lugar estaba bien iluminado, con ventanas en todas las habitaciones.

El factor que más pesaba para Noelle era el propio Gil.

Miró a su hijo y sonrió. Con los rizos rubios y los ojos azules de su madre, y la sonrisa de Adam, Gil era un niño alegre, robusto e inteligente. Se merecía más, mucho más, de lo que Noelle había sido capaz de darle.

El dinero que podía ganar, con el tipo de trabajo que tenía, apenas le alcanzaba para vivir, y sus frecuentes viajes requerían aún más dinero.

Había tenido que vender varias de las joyas que Adam le había regalado, para devolver el dinero que le había quitado al señor Thorne, pero no habría podido vivir consigo misma, si no lo hubiera devuelto.

Una cosa era usar su oro para huir, para mantener a su hijo libre, pero habría sido un error quedárselo.

El resto de las joyas habían ido poco a poco, ayudándoles a escapar, proporcionándoles medicinas, cuando Gil cayó enfermo, complementando los ingresos que obtenía del tipo de trabajo que podía hacer, al mismo tiempo que cuidaba de un bebé.

Podría haber tenido una vida más fácil, sin duda, si hubiera aceptado la ayuda de los hombres que se la ofrecían, pero sabía la contrapartida que tendría que dar, por esa ayuda, y no podía hacerlo.

Noelle se las había arreglado para sobrevivir. Había hecho lo mejor que pudo por Gil, pero sabía que no había sido la vida que él debería haber tenido.

Al igual que ella, Gil no tenía mucha ropa. Toda su vida había vivido hacinado; a menudo lo dejaba al cuidado de otra mujer, mientras Noelle iba a trabajar. Había habido ocasiones en que, tanto él como Noelle, habían pasado hambre o se habían acurrucado juntos, bajo todas las mantas que tenían, aún tiritando, porque su pequeño piso no tenía calefacción.

Debería haber crecido en el lujo, como nieto de un conde. Debería haber tenido una cama blanda, ropa bonita y comida suficiente. Debería haber tenido innumerables juguetes y libros. Un poni para montar, y mozos de cuadra para enseñarle. Un tutor y

algún día una educación en Eton y Oxford. Cien cosas que Noelle nunca podría proporcionarle.

La preocupación y la culpa la corroían: ¿había hecho mal en quedarse con Gil? ¿Debía haber dejado que Thorne se lo arrebatara, por mucho que le doliera? ¿Había sido puro egoísmo por su parte quedarse con Gil?

No, con seguridad no.

Era solo un bebé; necesitaba a su madre más que a cualquiera de esas otras cosas. Habría sido cruel entregarlo a aquel hombre frío, y permitir que Gil fuera criado por los mismos padres que habían abandonado a su propio hijo.

Había hecho lo correcto por él, a pesar de todas las dificultades.

Noelle se aferró a ese pensamiento.

Pero si podía darle más; un lugar mejor donde vivir y más comodidades, entonces debía hacerlo.

El puesto que Lisette le ofrecía, le daba precisamente eso. Más aún, le daba a Gil la oportunidad de vivir en el país que era su patria, de conocer Inglaterra y a los ingleses.

No era estúpida; sabía que un día Gil heredaría el condado, como lo hubiera hecho Adam, al morir su padre. Llegaría a ser importante y rico. Debía hacer lo posible por prepararlo, porque no quería que se sintiera extranjero entre los suyos.

Así que, al final aceptó trasladarse a Londres, y ayudar a Lisette a montar la tienda.

Se quedaría, al menos, tres meses, hasta que Lisette regresara a Francia. Después, decidiría si se quedaba y dirigía la tienda o se retiraba a Francia.

Hasta ahora, todo había ido bien.

Gil parecía feliz. Siempre disfrutaba de la emoción de un lugar nuevo, del desafío de un idioma diferente, pero a ella le parecía que allí lo disfrutaba especialmente, encantado de aprender nuevas palabras y nuevos acentos, al inglés correcto, que había aprendido de su madre.

Escuchaba embelesado a la viuda escocesa que vivía junto a ellos, y no tardó en adornar sus palabras con esos dejes del acento

escocés, del mismo modo que memorizaba y repetía los gritos de los vendedores ambulantes.

No había ocurrido nada que alarmara a Noelle. No había visto a nadie a quien reconociera.

Las mujeres que entraban en la tienda no se interesaban por ella más que para preguntarle por un sombrero.

Gil y ella iban y venían de la tienda a su pequeña habitación, todos los días, sin incidentes.

El ayudante del carnicero intentó flirtear con ella, y un desconocido había intentado entablar conversación en la calle, con intenciones obvias, pero detuvo a cada hombre con una mirada pétrea, y la dejaron en paz.

Vigilaba, con atención, la calle frente al escaparate, y había llegado a reconocer a los habituales, que vivían o trabajaban cerca o hacían entregas a las tiendas. No había nadie merodeando por la calle ni observando la tienda con inusitado interés.

Solo un hombre había entrado en la tienda para comprar un sombrero. Le pidió a Noelle que lo modelara, y sonrió mientras la estudiaba, lo que la incomodó, pero no dijo nada inapropiado, y compró el sombrero, dándoles una dirección de entrega.

Noelle lo observó cuando salió de la tienda. Paseó perezosamente, estudió los artículos del escaparate de la joyería, y luego entró en un estanco, y ella se tranquilizó, al saber que era un simple comprador.

El otro día, Noelle sintió un cosquilleo en la nuca, la incómoda sensación de sentirse observada. Se detuvo frente a una ventana, mirando casualmente hacia atrás, pero no vio a nadie que se detuviera sospechosamente o se metiera en un portal.

Siguió vigilando, haciendo una visita innecesaria a la farmacia, solo para ver si alguien detrás de ella había decidido quedarse cerca.

No había nadie. Estaba demasiado ansiosa. No podía salir corriendo solo porque un día se sintió incómoda.

Pero, desde entonces, había estado más atenta que antes.

Gil, a su lado, no mostraba esa inquietud. Caminaba, a veces dando saltitos o cruzando charcos, charlando todo el rato.

Noelle abrió la tienda y echó un último vistazo a la calle. No había nada más que el habitual contingente mañanero de comerciantes, abriendo sus tiendas, y vendedores paseando, anunciando sus mercancías.

Abrió la puerta y entró, dirigiéndose a la parte de atrás, para colgar su gorro.

El local estaba vacío excepto para ella.

Lisette, en el piso de arriba, se levantaba tarde, por lo que Noelle solía ser la encargada de abrir la tienda.

Otras dos trabajadoras entraron, mientras Noelle se aseguraba de que todo estuviera en orden, y los expositores bien colocados, cogiendo un sombrero que no se había vendido bien, para colocarlo en otra zona, donde llamara más la atención.

Nan, que trabajaba de cara al público con Noelle, ayudó, y la otra chica, Kate, volvió al taller.

Gil siguió a Kate, a la parte de atrás, donde solía pasar los días, jugando con tranquilidad, y haciendo pequeñas tareas para Lisette y Kate; llevándoles cintas y adornos, o recogiendo algo que se les había caído.

Era una mañana tranquila, con pocos clientes.

Lisette bajó las escaleras y, tras saludarles, ocupó su lugar favorito en el taller, y se puso a crear.

Noelle se dedicó a los libros, una tarea que estaba preparando para cuando Lisette regresara a Francia. Nan merodeaba junto a la ventana, viendo pasar a la gente y haciendo comentarios.

—Oh, Dios, ¿quieres ver eso? Es una belleza de carruaje. Espero que vengan aquí, porque parece que tienen el bolsillo lleno.

Noelle, habiendo terminado los libros, se acercó a mirar. Era, en efecto, un precioso carruaje, de color negro brillante y herrajes de latón, con las cortinas echadas.

Un hombre abrió la puerta y salió. Iba vestido con una chaqueta y unos pantalones, típicos de un obrero, y llevaba una gorra blanda en la cabeza.

No era el tipo de hombre que se bajaba de un vehículo caro.

Cualquier tipo de rareza, siempre llamaba la atención de Noelle; así que, siguió observando, mientras el hombre se colocaba a un lado, manteniendo la puerta abierta, para el caballero que salía tras él.

A este le sentaba muy bien al carruaje. Iba vestido de negro, con un pañuelo blanco níveo, meticulosamente colocado en el cuello, y un sombrero, igualmente elegante, en la cabeza.

Los dos hombres se pusieron en marcha, y Noelle respiró con agitación.

No conocía al trabajador, pero el caballero era Carlisle Thorne.